

CAPÍTULO VII.

1631—1640.

ADELANTOS DE LAS COLONIAS DE NUEVA-INGLATERRA.

Emigracion en 1632.—Disposiciones sobre el modo de levantar impuestos.—Arribos en 1633.—Derechos de los hombres libres, con arreglo á la carta.—Dudley, gobernador.—Adelantos de la colonia en los cuatro años que la administró Winthrop.—Real comision colonial.—Alarma en Massachusetts.—Medidas que se tomaron.—Caso de Roger Williams.—Sus sentimientos y carácter.—Refúgiase en Providencia.—Herejias de Mistress Hutchinson.—Conducta de Yane.—Muerte desgraciada de Mistress Hutchinson.—Colonias en el Connecticut.—Guerra con los Pequods.—Su origen y resultados.—Esterminio de la tribu de los Pequods.—Emigracion ocasionada por discusiones religiosas.—Costa del Maine.—Nueva-Escocia en el Canadá.—Progresos de la colonia en fuerza y estension.—Cesto aproximado de la colonizacion hasta 1640.

Las relaciones poco favorables que hacian los que regresaban de la primera emigracion, influyeron mucho durante algun tiempo para desanimar á los que tenian ánimo de pasar á América; así es, que el número de nuevos emigrantes fué comparativamente pequeño en 1632. No obstante figuraron entre ellos el hijo del gobernador Winthrop, y John Eliot, que mas adelante llegó á adquirir como misionero gran popularidad entre los indios.

En virtud de la autoridad de que se consideraban investidos los magistrados, habian levantado impuestos en varias ocasiones, y como semejantes medidas llamaran la atencion y dieran lugar á quejas, tomó á su cargo tan importante materia el inmediato consejo general, que se reunió en mayo de 1632.

Eligiéronse dos diputados de cada colonia, para adoptar un convenio respecto á la formacion de un fondo comun; limitóse terminantemente á un solo año la ocupacion del empleo de los auxiliares, y en

cuanto á la eleccion del gobernador y teniente gobernador, quedó á cargo de los hombres libres. Además de estas determinaciones, considerándose á Boston como el sitio mas á propósito para las juntas públicas de los colonos, mandóse edificar allí una fortaleza y una casa de correccion.

En 1633 arribaron varios centenares de colonos, entre los cuales se contaban á John Haynes, y aquellos ministros ó pastores espirituales que tanto se señalaron despues en la historia de Nueva-Inglaterra, llamados Cotton, Hooker y Stone. Cotton se estableció en Boston, como colega de Wilson: Hooker y Stone fijáronse en Newtown.

Habiendo corrido algunas dificultades, á consecuencia de actos demasiado rígidos de los magistrados, reuniéronse dos delegados de cada ciudad, y suplicaron se revisara la carta, para examinar si era fundada su pretension de que la autoridad

legislativa pertenecia de hecho á los hombres libres, y no á los magistrados. Convocado el Consejo general, en mayo de 1634, reclamaron los mismos comisionados, con arreglo á la carta, el derecho de elegir los empleados, y de decretar la reunion de fondos, y á pesar de la protesta que hizo Cotton en el púlpito contra el cambio precipitado de los que desempeñaban empleos, fué elegido Dudley gobernador, en lugar de Winthrop, quedando este último como auxiliar en el gobierno. En los cuatro años de administracion de Winthrop, habia adelantado con paso firme la naciente colonia. Existian ya siete iglesias, ocho circunscripciones principales de colonos con sus plantíos, y algunas mas pequeñas. Habianse establecido, para favorecer el comercio, barcos de transporte entre Boston y Charlestown; se habia edificado una fortaleza, y puesto en movimiento aceñas y molinos de viento, y por último, un floreciente comercio con los virginios y los holandeses, habia ido gradualmente en aumento, prometiendo excelentes resultados.

Mientras duraban las sesiones del Consejo, arribaron seis buques con gran número de pasajeros y muchas cabezas de ganado lanar. Próximamente un mes mas tarde, entraron en el puerto quince bajeles mas, de uno de los cuales desembarcó John Humphrey, trayendo consigo algunas piezas de artillería, escopetas, pólvora y otros objetos de gran valía para la colonia. Tambien era portador Humphrey de proposiciones presentadas por «algunas personas de elevada calidad y estado,» para venir á Massachusetts á reunirse con los colonos, si éstos accedian á determinadas condiciones.

A consecuencia de las quejas presentadas en Inglaterra contra la colonia de Massachusetts, nombró el monarca una comision colonial, con plenos poderes sobre todas las

circunscripciones de aquel establecimiento, para revisar las leyes, arreglar la Iglesia y revocar las cartas ó cédulas anteriormente concedidas. La noticia de semejante determinacion promovió grande alarma en el Massachusetts, ocupándose desde luego sus habitantes en poner en estado de defensa el puerto de Boston. Dudley, Winthrop, Haynes, Humphrey y Endicott, fueron nombrados comisionados «para consultar, dirigir y entender en el manejo y arreglo de una guerra que pudiera sobrevenir, durante el término de un año contado desde aquella fecha.»

En medio de tantas contrariedades, el sistema que se habia propuesto el célebre Roger Williams, no era el mas á propósito para ponerlas término. Este jóven ministro puritano, dotado de suma actividad y energía, alborotó desde luego y puso en la mayor zozobra á sus correligionarios en el Massachusetts, esparciendo novedades y herejias, segun las reputaban, que ocasionaron su expulsion de la colonia y su destierro á Plymouth, donde permaneció dos años. Cuando regresó á Massachusetts, tardó poco en verse envuelto en nuevas polémicas, no solamente por negar la validez de las reales patentes para dar derecho á la tierra de América, sino tambien por ciertos escrúpulos que manifestó respecto á la cruz roja estampada en el pabellon inglés, que consideraba como una reliquia del papismo, y que, merced á sus continuas declamaciones, consiguió se arrancase de la bandera nacional. Además de esto, negando la legalidad de cierto juramento impuesto á los no libres, y combatiendo la disposicion que compelia á asistir al culto público, infirió grave ofensa á los magistrados y á los ministros espirituales. A pesar de todas sus estravagancias, que no pueden considerarse sino como entretenimientos pueriles, Williams parecia re-

volver en su imaginacion una idea con la cual estaba completamente identificado : era esta lo que él llamaba la « libertad de conciencia, » significando con tal espresion el mas completo derecho del hombre á gozar de libertad de opiniones en materia de religion. Esta idea con la cual estamos familiarizados en la actualidad, era entonces del todo nueva, y habia de producir necesariamente sorpresa y sobresalto en una colonia como la de Massachusetts. Nada extraño es que á los que ocupaban el poder les pareciese esta innovacion una monstruosa y perturbadora herejía; porque, en realidad, estos principios chocaban abiertamente con la teocracia que acababa de establecerse en la colonia. Alarmado con tan peligrosa tendencia el Consejo de Boston, manifestó sus intenciones de desterrar al sugeto á quien consideraba como falto de juicio y perturbador de la paz pública. Fué una gran desgracia que los escrúpulos de Williams, por su propia índole, tendieran á dividir y debilitar la colonia en medio de las dificultades que atravesaba, mayormente cuando semejantes agitaciones no hacian mas que paralizar la resistencia que habia de oponerse á las agresiones que se temian por parte de Inglaterra. Preciso es confesar, que aun siendo excelentes los principios que él defendia, su conducta llevaba un sello de oposicion facciosa, ó cuando menos, de escrupulosidad intempestiva y mezquina; pero era tan pura su piedad, tan noble y desinteresado su carácter, que los habitantes de Salem, que le conocian á fondo y le apreciaban, le reeligieron por su pastor espiritual, menospreciando la censura del Consejo de Boston, acto de contumacia por el cual fueron reprendidos y castigados con el secuestro de una porcion de sus tierras. Semejante acto de rigor exasperó á Williams, hasta el punto de hacer que lo escarneciera

con una vehemente protesta, invitando además á la iglesia de Salem á que se uniera á él, en una apelacion general dirigida á las otras iglesias contra la injusticia de que se habian hecho culpables los magistrados. Este atrevido proceder fué causa de que el Consejo castigase á los disidentes privándoles de sus inmunidades : entonces se separaron de su jefe, que se quedó absolutamente aislado. En tal situacion, se negó Williams á prestar juramento de fidelidad y homenaje á la iglesia que él calificaba de perseguidora. Sus opiniones y conducta fueron reprobadas de nuevo por el Consejo, que pronunció contra él una sentencia de destierro, pero tomando en cuenta los peligrosos sentimientos de simpatía que inspiraba, se decidió poco tiempo despues mandarle á Inglaterra.

En el rigor de un invierno de Nueva-Inglaterra, Williams huyó al desierto, refugiándose entre los indios Narragansetts, con los cuales se habia relacionado en Plymouth. Quince semanas anduvo errante por entre las nevadas selvas, antes que lograra alcanzar sus *wigwams*, donde fué recibido con la mas generosa hospitalidad, separándose de ellos en la primavera siguiente, con el objeto de buscar un sitio donde pudiera fundar un asilo para los que, como él se vieran perseguidos por sus creencias religiosas. Al principio intentó establecerse en Seekonk; mas por efecto de las amistosas insinuaciones de Winslow, gobernador de Plymouth, se trasladó á la bahía de Narragansett, donde los indios le hicieron donacion de un territorio considerable en aquella comarca. En junio de 1636, fijó Williams el lugar en que habia de edificarse una ciudad, á la cual dió el nombre de Providencia, como que habia de servir de refugio á los que se vieran proscriptos y desamparados. Muchos de sus amigos de Salem partieron inmediatamente

á reunirse con él, y les distribuyó generosamente sus tierras. Tal fué el principio del Estado de Rhode-Island, uno de los mas prósperos y felices, por sus instituciones liberales, de cuantos se fundaron en América.

No trascurió mucho tiempo sin que se promovieran nuevos disturbios, cuyo origen era debido en gran parte á la misma pretension al derecho de juzgar cada cual por sí propio en todas las materias de verdad y obligaciones religiosas. Hugh Peters, capellan de Oliverio Cromwell, y Enrique Vane, jóven de superior capacidad y saber, fueron á reunirse con la colonia de Massachusetts. La emigracion de hombres tan distinguidos como Vane, produjo honda sensacion, y para satisfacer los deseos de muchos individuos de la aristocracia inglesa, que querian pasar á Nueva-Inglaterra, llegó á proponerse que se estableciera cierta magistratura *hereditaria*,

cosa que nunca se llevó á cumplido efecto. Poco tardó Vane en ser elegido magistrado principal de la colonia, que administró sabiamente, hasta que, con motivo de una nueva fermentacion religiosa que se suscitó, y en la cual tomó parte, tuvo que abandonar el poder. Como no puede tratarse esta materia mejor que lo hace el Dr. Robertson, citaremos textualmente sus palabras:

«Era costumbre en aquel tiempo en Nueva-Inglaterra, entre los sugetos principales de cada congregacion, reunirse una vez por semana, con el piadoso objeto de repetir los sermones que habian oido, y entretenerse en religiosa conferencia, tocante á las doctrinas que de ellos se desprendian. Mistress Anne Hutchinson, cuyo esposo figuraba entre los miembros mas respetables de la colonia, apesadumbrada de que las personas de su sexo se hallasen escluidas de tales reuniones, congregó á su vez solemnemente, y en

su propia casa, á cierto número de mujeres, que se ocuparon tambien en piadosos ejercicios, semejantes á los de los hombres. En un principio, dióse por satisfecha con repetir lo que pudo recordar de los discursos pronunciados por los predicadores; pero no tardó mucho en añadir algunas esplicaciones, por via de elucidacion, atreviéndose al fin á censurar á algunos de los ministros del culto como heterodoxos, y hasta añadió ideas y opiniones propias, fundadas todas ellas en el sistema denominado *antinomiano* por los teólogos, é impregnadas del mas profundo entusiasmo religioso. Enseñaba que la santidad de la vida no es una evidencia de justificacion ó de un estado de gracia en Dios, y que los que inculcaban la necesidad de manifestar la realidad de nuestra fé por medio de la obediencia, no hacian mas que predicar un convenio de obras. Sostenia tambien que el espíritu de Dios moraba personalmente en los hombres buenos y honrados, y que estos, por revelaciones é impresiones internas, venian á descubrir plenamente la voluntad divina. La facundia y la confianza con que esponia estas doctrinas, le granjearon muchos admiradores y prosélitos, no solamente entre el vulgo, si que tambien entre los principales habitantes de la colonia. Hallábase esta conmovida con tales ideas, y Vane, cuya sagacidad y prudencia parecian abandonarle cuando se trataba de asuntos religiosos, prohijó y defendió enérgicamente los asertos mas desatinados de Mistress Hutchinson. Celebráronse varias conferencias; señaláronse dias de ayuno y humillacion; se convocó un sínodo general, y tras violentas discusiones que amenazaron poner término á la existencia de la colonia, fueron condenados por erróneas las opiniones de la innovadora, á la cual se impuso la pena de destierro. Muchos de sus discípulos se

marcharon voluntariamente de la provincia, y Vane dejó también la América disgustadísimo, sin que echasen de menos su ausencia los mismos que poco tiempo antes le admiraban, considerándole los unos como un mero visionario, y otros como uno de esos espíritus tenebrosos y turbulentos, condenados á trastornar cualquiera sociedad de que formen parte (*).»

La suerte de Mistress Hutchinson fué tan infausta como agitada había sido su vida. Viéndose precisada á retirarse á Aquiday, en la isla de Rhodes, donde participó de todos los trabajos y privaciones inherentes á la fundación de una nueva colonia, continuó propalando sus doctrinas con el mayor ardor. Sus hijos, que increpaban abiertamente la justicia de su destierro, fueron encerrados en una cárcel, y para librarse de persecuciones, se trasladó la familia entera al territorio de los holandeses, á tiempo que el gobernador Kieft había provocado con su rudeza y crueldad la terrible venganza de los indios. La casa de Mistress Hutchinson fué incendiada, y ella pereció con toda su familia entre las llamas, ó bien á manos de los salvajes. Este horrible acontecimiento tuvo lugar en octubre de 1643.

Algunos años antes habíase establecido una colonia permanente en el valle del Connecticut (**), y en la época de que vamos hablando, un numeroso cuerpo de colonos se disponía á lanzarse por entre los bosques hasta el citado sitio, donde más adelante se fundaron las ciudades de Hartford, Windsor y Wethersfield. Muchos contratiempos esperimentó esta expedición, por haberla emprendido en medio del invierno. Exhaustos de víveres, á causa de no poder resistir el ganado que llevaban la in-

(*) *Historia de América*, por Robertson, libro IX, pág. 232.

(**) El nombre indio *Connecticota*, significa «Rio Largo.»

mencia del tiempo, muchos de los aventureros tuvieron que regresar al punto de partida, atravesando inmensas llanuras cubiertas de nieve.

Al año siguiente, otra expedición más numerosa, compuesta de individuos afiliados á las dos iglesias, con sus ministros espirituales, entre los cuales se contaba **1636.** Hooker, emprendió el mismo viaje, atravesando el desierto con ayuda de la brújula, y llevando delante sus ganados por entre los espesos y enmarañados bosques (*).

Estos exploradores enviaron también algunos de los suyos, embarcados en lanchas, para buscar un puerto en la boca del río, el cual desde que Lord Say y Sele y Lord Brooke fueron sus propietarios, recibió el nombre de Saybrook. Espuesta la colonia que se estableció allí á continuas perturbaciones, por los celos que inspiraba á los holandeses, corría riesgo además por las hostilidades de sus vecinos los indios. La guerra con los Pequods era acaso el resultado inevitable de

(*) Mr. Hollister discurre agradable y estensamente sobre este viaje, lleno de curiosos incidentes. Hé aquí su narración. «En los primeros días de junio, mes placentero y algo caloroso en Nueva-Inglaterra, Mr. Hooker, con su ayudante Mr. Stone y unas cien personas más entre hombres, mujeres y niños, emprendieron la expedición que desde tanto tiempo tenían proyectada. Atravesando montañas y pantanos; vadeando ríos, ó pasándolos en balsas, con la brújula en la mano, para que les guiara en su marcha irregular, se encaminaron poco á poco hácia el Occidente, unas veces por los claros del bosque, en donde el sol resplandecía, y otras amparándose á la sombra de árboles seculares. Bregando entre las enmarañadas matas y vides silvestres, sosteniendo los fuertes á los débiles, y cuidando los de más edad de los jóvenes, avanzaban con lentitud. Como Mr. Hooker estuviera enfermo, llevábasele suavemente en una litera. Era un viaje bien ordenado y majestuoso, pues figuraban entre los acompañantes caballeros de elevada posición y riqueza, así como señoras que habían sido educadas con el mayor esmero, y quienes por la vez primera conocían lo que eran trabajos y fatigas. Empero, todo lo aguantaban con la dulzura y buen humor, que son dotes esclusivas de la mujer de elevada alcurnia y de suave carácter, cuando una voz irresistible la incita á deponer sus galas y á descender hasta el estado llano,

las sospechas é inquietudes de los salvajes, y de los temores que los colonos abrigan de un repentino ataque, ó de un degüello semejante al que padecieron sus compatriotas en la Virginia. Natural era, por cierto, que los indígenas mirasen con desagrado los adelantos de la colonización de los blancos, y meditaran cuando menos el modo de atajarlos. Por lo demás, estaban los colonos sobre aviso, y parecían dispuestos á castigar inflexiblemente los primeros síntomas de agresión.

Eran los Pequods en aquella época la más poderosa confederación en las cercanías de la bahía de Narragansett, y ejercían su autoridad sobre veinte y seis pequeñas tribus que les estaban sometidas. Una cuadrilla de ellos había asesinado á un tal Stone, **1636.** sugeto disoluto y dado á la embriaguez, que mandaba un barco mercante de la Virginia. Este acontecimiento produjo cierta alarma en el Massachusetts: entonces los Pequods enviaron á decir á Boston que se habían arrojado á ejecutar aquel castigo en

que ennoblece con su presencia. El aullido del lobo, su furtivo paso por entre las hojas secas y rechinantes; la vista de los elevados pinos; el estruendo del torrente que baja de las montañas; las humeantes ruinas, al rededor de las cuales levantaban los indios sus hogueras, todo ello imprimía en la mente de los viajeros la sensación angustiosa de la soledad y del peligro, de los que tanto más habían de recelarse, cuanto que nunca contemplaron tan imponente espectáculo. Sin embargo, la esposa, la madre y la hija lo arrostraron todo con tan sosegada confianza, como cuando se ofrecieron por primera vez ante sus ojos las delicadas flores del desierto. Al cabo de dos semanas de penalidades, llegaron á la tierra casi fabulosa, que se representaban en su imaginación como un nuevo paraíso de ideal belleza. Esta tierra era el valle del Connecticut. Estendiase á sus piés, bajo la sombra de las bajas colinas situadas al borde del río, colinas que arrojan el follaje de sus árboles en oleadas que van arrastrándose á millas de distancia hácia el Oriente y el Occidente, cuando la brisa de junio las acaricia trayendo nueva vida á las plantas. Dilátase este valle, teniendo abrazado en su circuito al plateado río, cual un fuerte arco medio encorvado en las manos del atezado cazador, que se apropia el título de dueño y señor de tan fértiles comarcas.» *Historia del Connecticut*, por Hollister, tom. I, pág. 29.

desquite de las frecuentes provocaciones de que eran objeto por parte de Stone y de sus marineros; ofrecían además hacer entrega de los criminales, y pedían la intervención de los magistrados para efectuar una reconciliación con sus enemigos los Narragansetts, concluyendo por asegurar que estaban dispuestos á entablar relaciones comerciales con la colonia. Aceptóse la excusa dada y la mediación pedida; pero sea por imposibilidad, ó por cualquiera otra causa, el hecho es que no hicieron entrega de los asesinos. No pasó mucho tiempo sin que un antiguo habitante de Block Island, llamado Oldham, fuese también asesinado por otra gavilla de indios, probablemente en venganza de que hubiera establecido un pequeño comercio con los Pequods. Cononicus, *sachem* de los Narragansetts, ofreció cumplida satisfacción por este crimen, cometido sin su conocimiento; pero los magistrados y los ministros del culto creyeron que se requería alguna cosa más para dejar satisfechos á los colonos. Envióse, en consecuencia, un destacamento de noventa hombres á las órdenes de Endicott, con objeto de castigar á los isleños de Block Island, y pasar de allí á las tierras de los Pequods, para exigir la entrega de los asesinos de Stone, así como mil haces de *wampum* por daños y perjuicios. Después de haber quemado los *wigwams* y destruido las mieses de los indios en Block Island, dirigióse Endicott al fuerte Saybrook, marchando desde allí al río Pequod; pero como los salvajes rehusaran satisfacer sus demandas, incendió sus aldeas, tanto allí como en el Connecticut, y regresó á Boston sin haber perdido un solo hombre.

Enfurecidos los Pequods por lo que ellos consideraban como un ataque inmerecido, vengáronse por cuantos medios estuvieron á sus alcances, matando durante el invierno á